



Características lingüísticas, paralingüísticas, contextuales.

Introducción

Cuando leemos para aprender (tal como sucede en el ámbito escolar, el objetivo de nuestra lectura es distinto al que tenemos cuando leemos por placer, para obtener información de carácter general o para seguir instrucciones. Ahora leemos para ampliar nuestros conocimientos y para ello necesitamos familiarizarnos primero con la superestructura textual, con las características que distinguen a los distintos tipos de texto y con la finalidad de los mismos; esto posibilita que nuestra comprensión discursiva sea exitosa y nos convierte en lectores autónomos y competentes.

Para abordar el análisis de la superestructura formal del texto escrito como estrategia metacognitiva para la construcción discursiva, nos adentraremos en el artículo de Y. Campell (2003) titulado: “La organización textual como estrategia de comprensión discursiva”.

1) Leer

LA ORGANIZACIÓN TEXTUAL COMO ESTRATEGIA DE COMPRENSIÓN DISCURSIVA

ENSAYO Autora: Yilmar Campbell

La lengua escrita reviste una importancia funcional para resolver situaciones de la vida diaria. Por tal razón, es de suma importancia que el sujeto lector desarrolle competencias mínimas de lectura La siguiente propuesta tiene como objetivo auspiciar el análisis de la superestructura formal del texto escrito a fin de relevarla como estrategia metacognitiva para la comprensión discursiva. Se entiende por superestructura textual “la representación mental de la estructura del texto en una especie de esquema, al que el texto se adapta, y que facilita la reproducción del contenido semántico del mismo”. (Álvarez, 2001, p. 17). La propuesta se fundamenta en los principios teóricos de Álvarez (2001), y está sustentada en una metodología teórico – práctica con énfasis en el reconocimiento de la estructura organizacional de distintos tipos de textos y la práctica de actividades que profundicen operaciones cognitivas básicas.

Enseñar la lengua escrita es una labor muy delicada y muchas son las variables de las que depende, entre ellas cabe destacar: las del mundo en general y las de la lengua en particular. Cuando hablamos del conocimiento del mundo hacemos referencia a los conocimientos previos del interesado sobre el tema objeto de interés, a toda la información que forma parte del “saber” que se tiene. Cuando hablamos de la variable lengua apuntamos hacia el conocimiento de las convenciones gráficas de la misma, del ambiente en el que se proyecta la funcionalidad de ella, y, por último, de la escuela, como institución que fomenta y pondera el uso social de la lectura y la escritura ...

La importancia funcional de la lengua escrita actualmente la evidenciamos en los requerimientos que demandan las relaciones sociales, la difusión de información como mecanismo de persuasión y control para resolver situaciones de la vida diaria, reforzar la posesión de un conocimiento, incrementar la capacidad de comunicar valoraciones críticas, analizar

tensiones psicológicas y, en fin, como valor terapéutico individual. En el ámbito institucional las relaciones de poder las perpetuamos mediante la utilización de formas escritas canonizadas. La mayoría de los mecanismos de socialización que utiliza el hombre se materializan gracias a la lengua escrita; el ofrecimiento de “saberes” a los otros lo hacemos a través de ella; este texto mismo es un ejemplo. Igualmente, las relaciones interpersonales a distancia como: envíos de fax, correos electrónicos, cartas, son también la ejemplificación de ese tipo de recurso.

... el discurso escrito exige del sujeto lector competencias mínimas auspiciadoras de la comunicación impresa. El lector - escritor está en posesión de una serie de conocimientos conceptualizados en términos de competencias: lingüísticas, cognoscitivas y comunicativas. Tales competencias proporcionan capacidades relativas al código lingüístico, al conocimiento del mundo y al contexto de comunicación respectivamente. Sabemos que existe un escritor que envía un mensaje a un lector. Pero tanto el lector como el escritor en sus respectivos roles de emisor y receptor requieren conocer ciertas reglas propias de la escritura que forman parte de la llamada “competencia textual”: relaciones anafóricas, catafóricas, conectivos, formas pronominales, conocimientos sobre el tipo de texto, etc.; indispensables para lograr la comprensión textual; es decir para que la comunicación impresa sea efectiva...

¿Qué pasa con la comprensión de textos?

Según Díaz y Hernández (1999) la comprensión de textos es “una actividad constructiva compleja de carácter estratégico, que implica la interacción entre las características del lector y del texto dentro de un contexto determinado” (p. 142). Podemos apreciar en esta afirmación la presencia de tres elementos fundamentales para que se dé un proceso interactivo: lector, texto y contexto. En el caso del lector, éste cumple una función muy activa, muy participativa: él debe construir el significado del texto valiéndose para ello en primer lugar, de las claves que le proporciona el mismo texto y del conocimiento que posee de las convenciones escritas: signos, números, guiones, signos de puntuación, márgenes, tipos de letras, etc., llamados por Álvarez “organizadores intratextuales”. En segundo lugar, el lector debe apelar al conocimiento que tiene sobre el tipo de texto que aborda: narrativo, descriptivo, expositivo – explicativo, argumentativo o instructivo. Conocer la superestructura textual; es decir, el esquema mental y global del texto asegura la comprensión de lo escrito, desarrolla la competencia textual.

Además de todo lo expuesto anteriormente el lector utiliza otros mecanismos de comprensión textual llamadas por Goodman (1996) “estrategias cognitivas” entre las cuales podemos mencionar las presuposiciones y las inferencias. Éstas se constituyen en un recurso valioso para acceder al significado textual, a su macroestructura.

¿Qué pasa con el texto?

En lo atinente al texto, éste presenta una forma exterior de organización que le permite al sujeto lector acceder a la macroestructura textual, a su contenido semántico. Esta superestructura no es fija, es decir, varía de un texto a otro, bien sea una narración, una descripción, una exposición, una argumentación o un texto instruccional ...

Cuando el lector conoce de antemano la superestructura textual, es decir, el esquema mental del texto abordado, la comprensión discursiva está garantizada. Constituye para el lector una manera efectiva y rápida de recuperar y almacenar en la memoria la información que le ofrece el texto. Es una especie de modelo o esquema mental que ayuda a organizar el contenido semántico. Le permite al sujeto organizar los procesos cognitivos presentes en el discurso escrito; por ejemplo: definiciones, comparaciones, ejemplificaciones, categorizaciones, etc. En el caso de los textos narrativos todos sabemos que cuando abordamos estos textos encontramos un inicio, un desarrollo y un desenlace. Se ajustan mucho a los textos que

forman parte de nuestra cotidianidad como: chismes, cuentos, anécdotas, relatos, etc. De alguna manera lo anterior justifica el alto índice de comprensión de dichos textos. (Barrera, 1999). Situación opuesta ocurre con los textos expositivo – explicativos. Estos textos no obedecen a una estructura esquemática fija como en la narración, sino que, debido a la voluntad del escritor de hacerse comprender, este tipo de texto busca la mejor representación del contenido semántico de lo impreso. Se pretende entonces, facilitar la generación de procesos cognitivos tales como: la generalización, la clasificación, la comparación. En consecuencia, facilitarle al lector “modos de disponer” el contenido semántico de un texto ayuda a su comprensión. Estas son las razones por las cuales el marco organizativo de los textos expositivo – explicativos no es único sino múltiple. El desconocimiento de este marco organizacional –creemos- constituye uno de los motivos que podría explicar los bajos niveles de comprensión de este tipo de textos. Así justificamos nuestro interés por sistematizar una didáctica textual que contribuya a desarrollar la comprensión lectora en aras de formar un lector autónomo y competente partiendo del texto como unidad comunicativa básica...

¿Qué pasa con la situación comunicativa?

Tanto en la comunicación impresa como en la comunicación oral se da un acto pragmático cuyo fin último es intercambiar o compartir ideas, sentimientos, valores, experiencias, conocimientos. Para que esto se logre se requieren unos elementos mínimos: el enunciador (¿Quién hace uso de la lengua?), el referente (¿De qué habla?), el enunciatario (¿A quién se dirige?), el propósito (¿Con qué finalidad?) y el contexto de situación (¿En qué circunstancias?).

En el caso particular de la comunicación escrita se establece un diálogo entre enunciador (escritor) y enunciatario (lector). (Juárez, 2002, p.18). Por esta razón, es necesario que ambos interlocutores compartan un mismo código (su lengua materna), un mismo canal, que es el texto escrito, objeto de interacción entre ambos y por último el contexto o la situación específica en que se encuentren los interlocutores. Es decir, el tiempo, el lugar y las circunstancias en que ocurre el proceso comunicativo.

El contexto situacional determina el tipo de relación entre enunciador y enunciatario, pues el primero determinará, en función de esta situación, qué debe omitir y qué es indispensable decir. En este sentido, se debe considerar el rol que cumplen tanto el enunciador como el enunciatario, porque esto determina la confección pragmática del texto. En lo que respecta al enunciador su rol se resume en construir un mensaje pensando en un tipo de enunciatario específico, tomando en cuenta qué información debe incluir o excluir y qué tipo de palabra debe emplear. También elige el tono más adecuado para relacionarse con su lector. Por su parte, el enunciatario reconstruye el significado del texto objeto de interacción guiado por las siguientes interrogantes: ¿Quién le habla?, ¿Sobre qué le hablan?, ¿En qué contexto? para lo cual el lector hace uso de sus conocimientos previos.

De esta manera el productor del texto y el lector del mismo en el proceso comunicativo coinciden en tres aspectos fundamentales:

1. sobre qué se habla (referente),
2. en qué situación
3. con qué propósito se establece la comunicación.

Estos elementos aseguran el éxito de la producción y de la comprensión escrita cuyo fin último es la transmisión de significados.

En lo tocante al propósito del enunciador, no es más que la intencionalidad o finalidad que mueve a éste a comunicar algo: un conocimiento, un sentimiento o una experiencia. Para tal fin el escritor selecciona un tipo específico de discurso. El

orden discursivo es un esquema que permite organizar el pensamiento humano. Según este criterio del propósito del enunciador, Isenberg, (1987) (citado por Sánchez, 1992, p. 24) propone una clasificación de cinco tipos básicos: narrativos, descriptivos, expositivos – explicativos, argumentativos e instruccionales.

Cada uno de estos textos presenta un propósito específico. Por ejemplo, los **textos narrativos** tienen como propósito contar, relatar, narrar hechos reales o ficticios. Por su parte, los **textos descriptivos** tienen como finalidad pintar por medio de palabras personajes, escenas, ambientes, etc., es decir, describen. Este tipo de discurso por lo general aparece dentro de narraciones, de exposiciones. Algunos autores afirman que ellos no existen independientemente de la narración. En el caso de los **textos expositivo – explicativos** su propósito es informar y explicar, o sea, hacer comprender hechos, fenómenos, y establecer sus posibles relaciones. El emisor busca modificar el estado de conocimientos del enunciatario. Asimismo, los **textos argumentativos** también tienen una finalidad específica: persuadir, hacer reflexionar a su interlocutor. Aquí se relacionan hechos con miras a convertirlos en argumentos conducentes a una conclusión determinada. (Sánchez, 1992, p.55). Por último, la **instrucción** es un orden discursivo que tiene la finalidad de promover acciones futuras en el enunciatario, por ejemplo, las recetas médicas, etc.

¿Qué es la superestructura textual?

Cada uno de los órdenes discursivos mencionados en líneas precedentes posee una determinada organización que no es más que un esquema global, una estructura formal que organiza todo el texto. Sánchez (1992), la define como una “estrategia cognoscitiva que le permite a un hablante producir un texto y a un receptor comprenderlo”. (p.43). Este esquema le permite al escritor y al lector almacenar el texto en la memoria y recuperar lo esencial de la información. En otras palabras, la superestructura puede constituir una estrategia metacognitiva para el usuario de la lengua escrita, llámese enunciatario en el caso de la producción escrita y enunciante en el caso de la comprensión de lo impreso.

Ahora bien, ¿Por qué afirmamos que puede ser una estrategia de metacognición? pues porque una vez que el emisor / receptor de lo escrito reconoce la superestructura de cada orden discursivo estará en capacidad de producir y comprender dicho texto con mayor efectividad, atendiendo al propósito del autor según sea un tipo específico de discurso, y evidentemente eso lo hará de manera consciente; lo asumirá como una estrategia de lectura. El enunciatario abordará el texto con un esquema cognoscitivo ya preestablecido, según el texto. Así, en una narración, por ejemplo, el lector organizará sus esquemas cognoscitivos atendiendo a un inicio, a un desarrollo y a un desenlace. Son justamente estas categorías básicas las que el usuario de la lengua escrita reorganizará en su mente y que a la vez le permitirán recordar la información.

Es pertinente señalar que la superestructura textual variará de un texto a otro. El discurso narrativo presenta una superestructura fija. Caso opuesto se da en los textos expositivo – explicativos, ellos no obedecen a una superestructura única, se ajustan a una serie de maneras básicas de organizar el discurso. Según Álvarez (2000) presentan varios subtipos o maneras básicas:

- Definición – descripción
- Clasificación – tipología
- Comparación – contraste
- Problema – solución
- Pregunta – respuesta
- Causa – consecuencia



... estos textos expositivo – explicativos constituyen el ochenta por ciento del material de estudio de los jóvenes estudiantes. Son textos básicamente académicos: enciclopedias, textos de consulta, diccionarios, atlas ...

2) Teniendo en cuenta los conceptos presentados en la primera parte de la lectura, responda si las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas.

- | | | |
|---|---|---|
| A. La lengua escrita es importante para resolver situaciones de la vida diaria. | V | F |
| B. La superestructura textual es la organización mental del texto. | V | F |
| C. La competencia textual se refiere al conocimiento del código lingüístico. | V | F |
| D. Las relaciones sociales se mantienen gracias a la lengua oral. | V | F |
| E. Para la comprensión de textos se necesita la interacción entre lector, texto y contexto. | V | F |
| F. La superestructura textual es fija para todos los tipos de textos. | V | F |
| G. Los textos narrativos tienen una estructura fija: inicio, desarrollo y desenlace. | V | F |
| H. Los textos expositivo-explicativos tienen el propósito de persuadir al lector. | V | F |
| I. La superestructura textual es una estrategia para la comprensión lectora. | V | F |
| J. El orden discursivo es un esquema que permite clasificar los tipos de textos. | V | F |
| K. El conocimiento del mundo previo del lector influye en la comprensión del texto. | V | F |

